



## Camila y Mila

Guadalupe Loaeza

Me llamo Camila, tengo ocho años y estoy algo gordita. Mi mamá es muy flaca, por eso me cae híper gorda porque siempre está diciendo a sus amigas que si estoy tan “llenita” es porque salí a la familia de mi papá. Lo que pasa es que dos de mis tías y mi abuelita, la verdad es que ellas sí están obesas. Mi tía Susana, la más panzona de las dos, un día rompió una silla de la sala y me echó la culpa que porque yo la había aflojado antes. Ella también me cae gordísima.

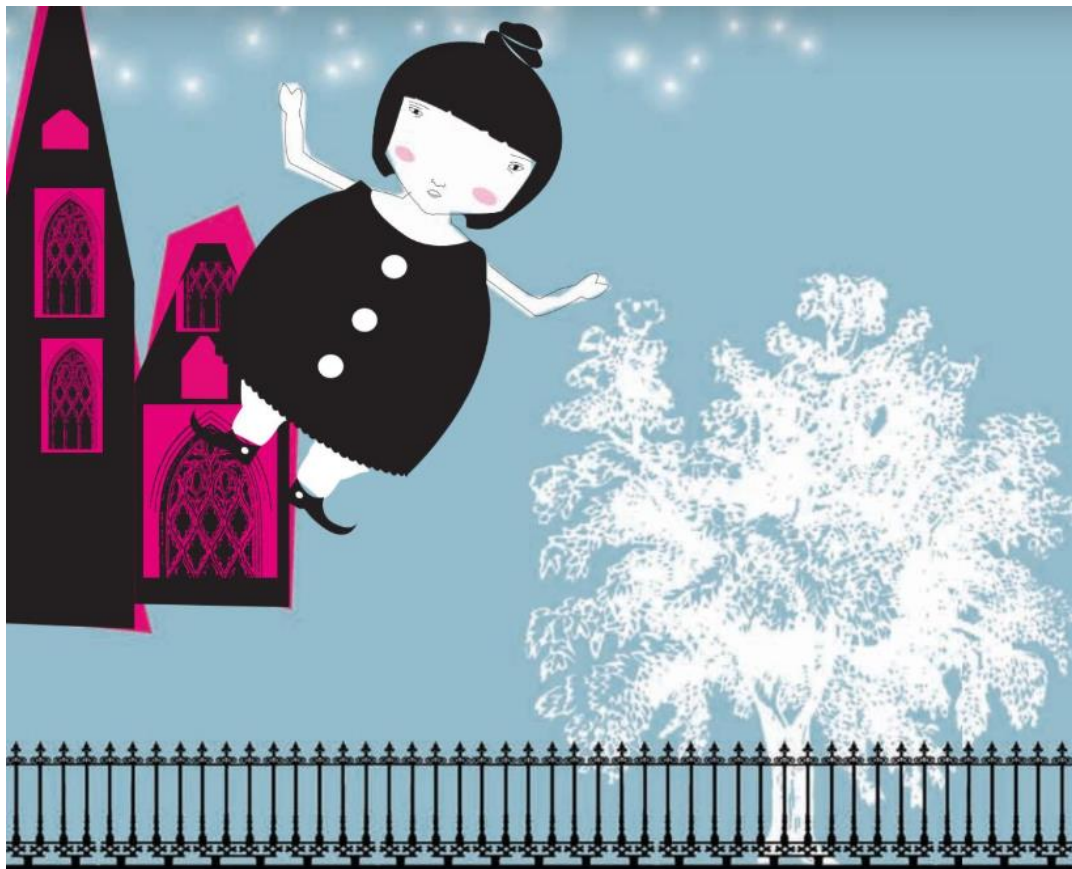
Lo que más me gusta en la vida es ver tele, sentada en la cama, junto con mi amiga que se llama Mila. Nos gusta verla rodeadas de todas mis bolsitas de dulces, galletas, chocolates y papas. Todo esto lo compro en la tienda de la esquina, porque en la escuela ya no venden las cosas que me gustan, que según porque hay un montón de adultos y niños gordos en México. ¿Y qué tiene de malo estar un poco gordita? Ni que fuera pecado. Nadie le reza a Dios para ser flaca. Él quiere a todos por igual, a las gordas, a las esqueléticas, a las chaparras, a las altotas y a las flaquititas, como Mila. Mi amiga y yo tenemos un secreto: para que ella no engorde, como por ella. Por eso siempre me sirvo el doble de todo. Pero a veces Mila tiene tanta hambre que tengo que comer por tres. El otro día me dijo: “Oye, Camila, ya no cabemos en la cama”. Y eso que estaba hasta la mera orillita, por poco y me caigo. “Ay, Mila, yo creo que necesitamos una camota como la de mis papis”, le dije. Empezó a reírse a carcajadas. Creo que se oían hasta el cuarto de las muchachas. “Shhhh, Mila, ya cállate, porque vas a despertar a los perros, al velador y hasta los vecinos”, le dije. Pero ella seguía con sus carcajadotas. Después me dijo con su voz como la de una chica de telenovela: “Tengo hambre, me muero de hambre. No seas malita, ¿me traes algo de comer?”

Como no me dejaba dormir, me paré y me fui a oscuras hasta la cocina. No veía nada de nada. Y como si fuera una cieguita, abrí la despensa, busqué la caja del cereal azucarado, un paquete de galletas de chocolate, una bolsa de papas fritas y otra de cacahuates japoneses, que siempre tiene mi mamá para las visitas. Cuando llegué a mi cuarto, Mila ya me estaba esperando sentada en la cama. Tenía cara de hambrienta. Me senté a su lado, y empecé a comer y a comer por ella. Comí tanto que hasta me dolió el estómago y ya no me podía dormir, porque me apretaba el resorte del pantalón de mi pijama. Además, mi colcha estaba toda llena de migajas. “Mila, Mila, ayúdame a limpiar la cama”, le pedí, pero mi amiga ya estaba dormidota. Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que todas las sillas de la sala de mi casa estaban rotas y que mi mamá me gritaba: “Tú las rompiste por gorda, por godinflona y por timbona, no hay silla que te aguante. Eres igualita a tu tía Susana. Nadie te quiere por gorda”. Cuando me desperté, le pregunté a Mila si ella me quería y me dijo que sí. “¿Verdad que mi mamá es una bruja?”, le pregunté. Me dijo que sí.

Mi papá siempre me lleva a la escuela. Aunque mi lonchera está llena, guácala, con puras jícamas, pepinos y zanahorias que nunca me como, siempre me da dinero para que compre lo que quiera en el recreo. Yo quiero mucho a mi papi. También a él le gustan mucho los postres, por eso tiene un poquitito de panza, que se le nota mucho. A veces me invita a comer hamburguesas y me deja pedir todo, todo lo que yo quiera. Él también pide una doble, dos conos de papas, dos cocas (los dos odiamos el agua, guácala) y helado cubierto de chocolate. “Nomás no le digas a tu mamá”, siempre me dice con sus cachetes llenos de papas fritas. Él es el único que sabe de mi amiga invisible. Hasta me pregunta: “¿Cómo está Mila?” A él es al único que le cuento cómo me molestan en la clase. “Ay, papi, hay







muchos niños que siempre me andan pegando. Se burlan de mí y me llaman la Gordis, la Tetona, la Inmensa Bola de Manteca, IBM". En la escuela hay otros niños gorditos, pero con ellos nunca se meten. Nada más me insultan a mí. Dice mi papá que no les haga caso. Pero entre menos les hago caso, más me empujan, más esconden mi mochila, más me patean y más se ríen de mí. El otro día los acusé con la *miss* y en vez de regañarlos a ellos, me regañó a mí. "Si fueras flaquita, nadie se metería contigo. Deberías de ir con el psicólogo de la escuela. Voy a ha-

blar con tu mami", me dice todo el tiempo. Creo que mi mamá también le cae muy gorda, porque nunca la llama. Le pregunté a la *miss* qué era eso de psicólogo y me contestó que era un doctor que curaba los traumas que tenían algunos niños. Dice Mila que la que debería de ir con ese doctor es mi mamá.

Si yo fuera con ese doctor, le contaría lo que me pasó el domingo. Estábamos Mila y yo solas en la casa viendo la tele, mi serie favorita que me pone a cantar y a bailar. Mis papis habían ido a dejar a mi abue (la gorda) a su casa. Esa tarde, Mila tenía mucha hambre, así es que me acabé, yo solita, una bolsa grandota de chocolates. Comí tantos chocolates que me empecé a inflar y a inflar. Parecía un globo gigante de gas. Entonces, poco a poco, me fui elevando hasta topar con el techo. Híjole, de repente que vi que la ventana de mi cuarto estaba bien abiertota y, como había un poco de viento, yo globo, comencé a dar de brinquitos, hasta salir y elevarme al cielo. "Mila, ¿dónde estás, Mila?", le gritaba como loquita, pero mi amiga invisible no me escuchaba porque estaba muy fuerte la tele y ella estaba muy interesada en quién llegaría a la final del concurso. Y volando, y volando, me atoré en las ramas de un árbol de la tercera sección de Chapultepec. Desde ahí, veía todo el tráfico, las colas gigantescas de coches. "A lo mejor veo el de mi papi", pensé. Pero jamás vi uno color gris plateado. Lo que sí vi fue cómo se metió el sol, cómo se prendían las luces de la ciudad y cómo salió la luna. Comencé a tener hambre. "¿Por qué no te comes una manzana del árbol, que no ves que es un manzano?", escuché que me decía la voz de mi amiga invisible. "Mila, hasta que apareces. ¿Por qué no me salvaste cuando te llamaba a gritos?", le pregunté con un nudo en la garganta. "Estaba viendo la tele, ¿sabes quién ganó en el concurso de la tele?" A mí no me importaba quién había ganado el concurso, lo quería era que me bajara del árbol e irme a mi casa. "Primero, escúchame y luego te ayudo a bajar. Esas manzanas que están en las ramas, no

son de decoración, son manzanas de verdad, son muy ricas. Te puedes comer las que quieras. No engordan”, me dijo Mila. Como ya tenía mucha hambre, arranqué una y me la comí. Yo creo que no comía una manzana desde que me daban papilla. Me gustó. Comí otra y luego, otra, hasta que se me quitó el hambre. “Te ayudo a bajarte del árbol si me prometes que, a partir de ahora, en lugar de dulces y chocolates, comerás frutas y verduras. Debes prometerme también que te olvidarás de los refrescos y que beberás agua. Y por último, prométeme que harás ejercicio y te meterás a clases de natación.” Era muy raro que Mila me estuviera diciendo exactamente lo mismo que me decía mi mamá. A lo mejor tuvo miedo de que la acusara con el doctor que cura traumas, porque es ella la que me hace comer. Yo ya quería bajarme del árbol, por eso le dije que sí a todo. De repente, poco a poquito, el viento me llevó hasta mi casa, me metió por la ventana de mi cuarto y me instaló sobre mi cama. Por primera vez, después de haber cenado nada más tres manzanas, me sentí mucho más ligerita. Creo que empezaba a perder peso. “Camila, apaga la televisión y ya duérmete”, me dijo desde su cuarto mi mamá. Obedecí. Me puse mi pijama y me acurrugué al lado de mi amiga. “Mila, ¿verdad que tú y yo estamos a dieta?”, le pregunté. No me contestó.

Al otro día me desperté muy temprano y, de repente, me di cuenta de que Mila ya no estaba allí y que en su lugar había dos manzanas rojas, una botellita de agua y una tarjetita que decía: “Buena suerte con tu dieta”.

130



"Buena suerte con tu dieta".

131

